



Rafael y Vda. Estévez

AGAR.



AGAR.

¿Quién dará agua á mi cabeza,
y á mis ojos fuentes de lágrimas?
(Jeremias.)

¿A quién es desconocida la tan interesante como melancólica historia de Agar, de la muger á la cual puede aplicarse aquella imájen de un poeta contemporáneo: A la manera de un lirio que inclinado por el peso de la lluvia dobla sus llorosas hojas, si la mano del Señor pesa sobre vos y os agobia, bajad vuestra cabeza y llorad? Tanto la instruccion religiosa, que eleva la inteligencia del pueblo al nivel de los grandes sucesos, como el arte cristiano, que como una predicacion muda cautiva por medio de la vista á los que por indiferencia ó por orgullo rehusan prestar oido á la voz de la Iglesia, hacen vivir el nombre de Agar, y nadie habrá entre nosotros que desconozca enteramente los destinos de esta esclava.

Y en realidad, entre las personas á quienes honró Dios en la tierra de una manera especial, y que fueron escogidas para ejercer una poderosa influencia sobre el porvenir religioso de las razas humanas, ocupa Abra-

ham, como hemos visto ya, uno de los mas eminentes lugares. Nosotros, os cristianos, le llamamos nuestro progenitor en la fé; los musulmanes le veneran como á padre de Ismael, tronco de las tribus árabes del Asia, len donde tuvo principio y se propagó principalmente la ley del famoso impostor de la Meca: los judíos se refieren á él, así por la sangre, por ser el progenitor de su pueblo, como por las creencias, por haber sido el depositario de las promesas que hizo el Señor sobre Israel, y el universo entero está lleno de sus recuerdos. Su vida, tan instructiva como brillante, encierra lecciones llenas de misterios, y todo lo que le rodeó, participando, por decirlo así, de sus colosales proporciones, resplandece hasta el presente bajo el inmortal reflejo de su grandioso renombre. Así es como la existencia de Agar, sirvienta del padre de los creyentes, se halla elevada á la altura de un suceso, cuyo ruido llenará el mundo, y toma el carácter de una grave leccion que se propondrá á la consideracion de todos los siglos cristianos: pues que, esposa de segundo orden, y constituida madre en la esclavitud, es la figura del judaísmo, que no dá á sus hijos sino una verdad elemental y una libertad incompleta; en tanto que Sara, esposa privilegiada, y asegurando á su hijo todos los derechos sobre la herencia paterna, es la figura de la Iglesia, que dá á sus hijos la libertad con gloria y la libertad con efusion.

Esta idea es demasiado fecunda y capital en la religion, para que la pintura, recibiendo las inspiraciones del dogma católico, dejase de reproducirla en sus cuadros. Hay en efecto numerosas y bellas composiciones, representando los diversos pasajes de la historia de Agar; Gozzoli, el Guerchin, Benedetto Castiglione, Felipe Van-Dyck y Lesueur han pintado con superior maestría á Agar, castigada por Sara, ó bien despedida por Abraham. Andrés Sacchi y Carlos Maratte en la escuela italiana, Lebrun en la escuela francesa, y Bartolomé Spranger en la escuela alemana, nos han dejado magníficos cuadros de Agar en el desierto. Abraham, en el acto de despedir á su servidora, está lleno de moderacion y de dignidad en Lesueur: en Carlos Maratte, la cabeza de Agar, escuchando las palabras consoladoras del ángel, está llena de una admirable espresion. La historia casi entera de la esclava del patriarca caldeo, se mira tambien representada en alguno de los bajos relieves de la catedral de Milan.

Y aun humanamente hablando, y prescindiendo de la religion y del arte cristiano, la vida de Agar pudiera ser tambien digna materia de legitima y elevada curiosidad, pues es la historia de las rivalidades que la poligamia dispierta y alimenta en el seno de las familias, y de las dolorosas heridas que hace á la ternura de las madres: es el cuadro interesante

de una pobre y débil muger que huye del descontento de su señora y se estravia en medio del desierto; pero á la cual se digna Dios consolar y sostener: es la relacion de los principios de un grande pueblo, que sucesivamente feroz, elegante, y despues salvaje, supo hacer la guerra y cultivar las artes, y que despues de cuarenta siglos, conserva aún en sus costumbres de hoy la traza de sus costumbres originarias.

Abraham habia recibido de Dios la promesa de una posteridad numerosa. Pero con todo, él iba avanzando en años, y Sara, su muger, era estéril. Sara tenia para su servicio una jóven egipcia llamada Agar, y dijo á su marido: "Tú sabes bien que Dios no me concede hijos: recibe, pues, á mi sirvienta, que tal vez te los dará." En esta invitacion se sintió indudablemente movida por santas intenciones, proponiéndose preparar de este modo el cumplimiento de la palabra profetida en favor de Abraham. Mas como no puede encaminarse á un fin, por laudable que sea, sino por medios tambien laudables, no hubiera podido ella ofrecer á su marido una nueva esposa, si no hubiese estado entonces en uso la poligamia. En efecto, Dios habia positivamente cambiado por algun tiempo la primitiva condicion del matrimonio, ó tolerado, cuando menos, que se introdujese una grave modificacion en el contrato. Sin esta derogacion, hecha por autoridad divina, la pluralidad de mugeres habria sido un crimen: pero por efecto de esta derogacion, la pluralidad de mugeres era ya una cosa permitida, y las esposas eran igualmente legítimas, aunque no elevadas todas á igual categoria. Por lo demas, no debemos asimilar la conducta de los patriarcas en este punto á lo que se practicó por las naciones paganas, y menos aún á las habitudes de voluptuosa intemperancia que han dominado en el Oriente. Por las castas y religiosas costumbres de las antiguas edades, la muger de segundo orden se hallaba rodeada de un respeto y de una dignidad que nunca le dió la ley romana, por ejemplo, y de que el aislamiento llegó hasta despojar á todas las mugeres.

La pluralidad de uniones (no de mugeres), ó la poligamia, ya eventual por la facultad del repudio, como en los judios, ya actual por la cohabitacion como en los turcos, solo puede ser tolerada en aquel estado puramente doméstico de sociedad que precede á toda institucion pública, y se llama estado *patriarcal*, ó cuando se retienen aun sus hábitos; porque la multiplicacion de la especie que la poligamia favorece, solo en este estado de la sociedad puede convenir á una comarca que tiende á elevarse á la fuerza y dignidad de nacion.

Esta ley no es contraria á la naturaleza física, pues no priva la reproduccion de los séres, y que muchos hijos puedan nacer de un solo padre

y de muchas madres; pero esta ley es imperfecta bajo los aspectos morales, porque rompe la unidad moral ó la union de los corazones, introduciendo muchas sociedades en una familia, y muchos intereses diversos en una casa.

Pero si la poligamia es solo imperfecta en el estado naciente de la sociedad, pasa á ser mala en un estado mas adelantado; porque á esta edad de una nacion, la comunicacion de los dos sexos es ya mas frecuente por la aproximacion y el roce de las familias, y menos inocente por el gusto de los placeres y el refinamiento de las artes, efecto del aumento de riquezas, y así enciende la pasion del amor, pasion sin peligro en un pueblo naciente, porque sigue á la union de los sexos, pero pasion terrible cuando la precede, como en un pueblo adelantado, en donde transforma la facultad del repudio en un tráfico de adulterios, y la poligamia en un bárbaro calabozo, en donde se mutilan los hombres para vigilar á las mugeres; estado contra la naturaleza del sér fisico, que produce la opresion de la humanidad, el abandono de la infancia, y hasta, como observa el autor del *Espíritu de las leyes*, los amores contra la naturaleza, de lo cual cita notables ejemplos; estado por consiguiente opuesto á la naturaleza; y los turcos perecen, porque se obstinan en conservar en estado de nacion una ley soportable únicamente en el estado de familia, antes de toda nacion.

En este estado original de sociedad, ó vecino del estado original, como la poblacion es una necesidad, la esterilidad es una calamidad, y hasta un oprobio, y cuanto puede alterar la union es un tuerto. El hombre despidió la muger por causa de esterilidad, y hasta por no agradarle, *proter feditatem*. Tal es la ley de los judíos, ley que, como dirigida evidentemente á la multiplicacion del pueblo, conviene á la infancia de una nacion, y por esto en el dia en los salvajes, como entonces en los judíos, el hermano se casa con la viuda de su hermano. La ley de Moisés condenaba á muerte una muger adúltera, y era un acto de humanidad del marido el repudiarla, pudiéndola enviar al suplicio (Beroger).

La ley que permite el repudio es una ley imperfecta, por considerar el matrimonio mas bien como la union de los cuerpos que como el vinculo de los corazones, pues le disuelve por enfermedades corporales. Es una ley dura, porque castiga una muger por las faltas de la naturaleza; le quita su existencia social por la esperanza incierta de una union mas fecunda, ó porque carga sobre ella sola la desgracia de una union estéril cuya falta puede ser imputada á su esposo, y no queda jamas probada contra la muger.

Pero esta ley no es contra la naturaleza de los séres en sociedad; es decir, que no es destructiva de las relaciones naturales del poder y de

los subordinados, pues deja esclusivamente en el hombre el atributo esencial del poder, el derecho de discutir las acciones de la muger y de juzgarlas, y no separa los hijos de su padre. Este poder en el hombre es hasta excesivo y llevado hasta el despotismo; y nótese de paso que en el nacimiento de la sociedad doméstica, como en el de la sociedad pública, el poder es siempre menos regulado y mas violento.

Hé aquí el motivo del repudio en los judíos, ley imperfecta, y *por un tiempo como todo lo imperfecto*; pero ley que no era mala ó contra naturaleza, y aun pudiéramos creer, con muchos intérpretes, que la repudiacion en los judíos era solo una separacion á *mensa et á thoro*, que permitia al hombre, y no á la muger, el contraer otra union; pues la ley del Dentronomio llama á la muger despedida que ha pasado á segundas nupcias, *manchada y abominable ante el Señor*. Josefo (lib. XV, cap. XI) dice espresamente que las leyes no permiten, ni aun á las mugeres repudiadas, volverse á casar sin permiso de sus maridos.

En un pueblo naciente la ley de repudio puramente facultativa, no es de peligrosas consecuencias, porque se usa poco de ella, y por la vida frugal, laboriosa, y mas sanos alimentos de la familia, hay en los dos sexos menos deseos que provocan el repudio, y menos de esas enfermedades que le justifican. En esta edad social la pasion dominante del hombre no es el deleite, el marido considera á su muger mas por los servicios que le trae que por sus ventajas esterioras. Así lo vemos en las clases inferiores, en las que el pueblo está siempre en la edad primera de la sociedad. Generalmente, cuanto mas un pueblo vive en el estado doméstico, son las mugeres mas dependientes y siervas. El salvaje deja á su muger todos los trabajos penosos; lo mismo era entre los germanos, y aun se observa en algunos países de Europa sometidos á la ley romana, en donde las relaciones de las personas domésticas son mas marcadas. El mismo paisano, que mira al divorcio con horror, creeria faltar al extranjero á quien honra y recibe en su casa, haciendo sentar su muger en la misma mesa.

Mas, á medida que la sociedad judaica pasó del estado doméstico al estado público, la ley del repudio le convino menos, porque se usó mas de ella, y poco á poco esta condescendencia del legislador produjo un libertinaje desenfrenado. Léese en la *Synopsis de los Críticos*, dice Rastignac, que Naaman hizo publicar por un heraldo: "¿Qué muger tendré cada dia ó durante mi permanencia aquí?" La escuela del rabino *Hillel* enseñó que un hombre puede repudiarse á su muger por haber dejado quemar una taza de caldo; y el rabino *Akiba*, que contó hasta 80.000 discipulos, inculcaba que el marido podia repudiarse á su muger tan solo por-

que hallaba otra mas bella, y hasta sin pretexto alguno. Mas así en la familia como en el Estado, el abuso del poder prepara su caída; el exceso de repudiar trajo el divorcio recíproco; la ley daba al marido el poder de repudiar á su muger, y la muger usurpó al fin el poder de repudiar á su marido. Jesucristo echó en cara á la Samaritana el haber tenido cinco maridos. El primer ejemplo fué dado por Sacoma, muger de Heródes el Grande, "la cual, dice Josefo, lib. XV, envió el libelo de repudio á su esposo Idumeo, contra el uso de nuestras leyes, que no dan este poder sino á los maridos."

El gobierno de la familia fué pues entre los judíos de una severidad que rayó en dureza, y obsérvese que el gobierno de este pueblo por el mismo Dios, fué tambien de una severidad estrema; y solo por sangrientos castigos y calamidades contenia en el deber á este esclavo pronto siempre á rebelarse.

Aunque el padre podia privar al hijo de la bendicion paternal, no podia derramar, como en las leyes paganas, la sangre del hijo; pues estaba reservado al poder público el castigo de muerte á la muger adúltera y al hijo rebelde.

El repudio, pues, conserva al marido el poder de juzgar á la muger y de condenarla al estradamiento doméstico, y es siempre un acto de jurisdiccion aun cuando no es un acto de justicia; ley imperfecta, pero no viciosa ni mala como el divorcio recíproco, que es contra naturaleza, pues dió á la muger jurisdiccion sobre el marido, atribuyéndole el poder de juzgarle y condenarle, bien sea que ella provoque el divorcio ó que tan solo le ratifique. Y como la muger es mas débil, usa con mayor frecuencia de este poder usurpado. El divorcio es provocado por las mugeres con mas frecuencia que por los maridos, y segun M^s Necker, "la confederacion de las mugeres que solicitan el divorcio es muy numerosa." Montesquieu reconoció la diferencia entre la repudiacion y el divorcio, pero no fué exacto en esta distincion. "Hay, dice, entre el divorcio y el repudio la diferencia, que el divorcio se hace por un consentimiento mutuo por ocasion de una incompatibilidad mutua, en vez de que el repudio se hace por la voluntad y la ventaja de una de las partes, prescindiendo de la voluntad y de la ventaja de la otra." Esta definicion en que supone el autor dos voluntades en la familia, y de consiguiente dos poderes no es exacta, pues el divorcio puede obtenerse, y sucede muy á menudo, sin el consentimiento, y hasta á pesar de la oposicion de una de las partes, sin que ésta halle incompatibilidad en vivir con el otro, y muchas veces hasta cuando ella pone su dicha ó á lo menos su deber, en soportarla. De esta diferencia, pues, entre el repudio y el divorcio mutuo y de

la razon natural en que se funda, debe concluirse que Dios, que toleraba en los judíos una ley imperfecta, no hubiera permitido una ley contra naturaleza, como un padre que cierra los ojos á las ligerezas de un hijo, pero castiga su desobediencia.

La pluralidad simultánea de mugeres era admitida entre los asiáticos como lo es aún; pues este pueblo niño no ha podido salir aún del estado de imperfeccion. Mas esta especie de matrimonio lleva hasta el exceso el poder del hombre y la dependencia de la muger. Este despotismo doméstico se aviene muy bien con el despotismo político, y el despotismo político mantiene y fortifica el despotismo doméstico. Esto es lo que se ha visto siempre y se ve aun en el Oriente, esclavos en la familia y esclavos en el Estado. Los hijos en Egipto no osan sentarse delante de su abuelo, mientras que el pueblo tiembla ante los beys; y únicamente el exceso del poder doméstico mantiene en este desgraciado país, como en otro tiempo en Roma, las familias bajo alguna forma de estado público de sociedad.

Ora la facultad mutua del divorcio sea la causa, ora sea el efecto del gobierno popular, lo cierto es que el divorcio mutuo, verdadera democracia doméstica que dá á la parte débil de la sociedad jurisdiccion sobre la parte fuerte, y hasta el derecho de deponerla para trasportar á otra parte el poder, se halla entre los griegos con la democracia pública ó política, que atribuye al pueblo el poder soberano y la facultad de delegarle; pues el pueblo, así como la muger, si hace divorcio con el poder, es para pasar á un segundo convenio; y cuando Dios en la Escritura increpa al pueblo judío el querer renunciar á su alianza, no le dá otro nombre que el pueblo *adúltero*.

En la democracia de Atenas fué donde las leyes de Solon permitieron por primera vez el divorcio á la muger, que quizás ella se permitía antes de la ley. Este pueblo niño, como le llama Platon en el *Timeo*, en que, dice, nunca hubo vejez porque nunca adelantó en la senda social; este pueblo en su vana sabiduría que buscó siempre fuera de la naturaleza, *Græci sapientiam quarunt*, lo desnaturalizó todo en la sociedad doméstica, política y religiosa. Llevó á la familia la ley del divorcio mutuo, y de los amores abominables. *Mili quidem hæc in Græcorum gymnasiis nata consuetudo videtur, in quibus vii liberi et concessi sunt amores*, dice Ciceron. El enseñó el ateísmo al universo.

Despues de estas sucintas observaciones acerca de la naturaleza de la poligamia y del repudio entre los judíos, que puede servir como de complemento á lo que dejamos someramente indicado en la introduccion; seguirémos la triste historia de la esclava de Sara. Luego despues que,

con sorpresa suya, se vió Agar admitida en el lecho de Abraham, no se mostró tan grande como lo exijia la elevada dignidad que tan inopinadamente le acababa de caer en suerte. Esposa de Abraham, pudo esperar un hijo, y viéndose mas feliz que su señora, la miró con cierto menosprecio. ¿ Cosa admirable! Mas comun y pronto es en el hombre el dejarse corromper por la dicha que ambiciona, que el dejarse oprimir por la adversidad que teme. ¿ Acaso Dios nos hubiera dado mas fuerzas contra el dolor, porque es mas frecuente que contra el placer, por ser este mas raro? O bien será así por la razon de que para hacer frente á la desgracia no se necesita sino valor, y pura sostener el peso de la prosperidad se necesita virtud? Los triunfos nos embriagan, y parece que impeliendo hacia el puerto la nave de nuestra fortuna, el viento favorable nos hincha al mismo tiempo de orgullo; y que la seducción obra con mayor fuerza en aquellos que partiendo de inferior esfera llegan á mas alta region y de un modo inesperado. Ved aquí por qué el poder, cuando sube repentinamente de clases ínfimas ó abyeetas á ejercer su accion sobre la sociedad, es cien veces mas opresor y arbitrario que cuando nace de una region que la es propia; y el hombre naturalmente elevado no anhela tanto satisfacer su engrandecimiento con la humillacion de los demas. Estos enjambres de reyes medio desnudos, en expresion de un célebre contemporáneo, que surgen de la hez de la sociedad, son de los tiranos mas temibles del género humano, comparables únicamente en ferocidad con aquellos monstruos sobre el trono que esclavizaron el mundo, cuando la ley de Jesucristo no habia quitado aún de mano de los príncipes el cetro de hierro para darles en su lugar el báculo paternal. Si la humanidad está condenada á pasar por esta terrible prueba de opresion y de esterminio; si ha de verse conculcada aun cuando no sea mas que por un rápido período, por la ley brutal de la fuerza, y por la única superioridad del número; preciso será adorar los designios soberanos de la Providencia; pero forzoso será tambien confesar que semejante inaudita calamidad ó bien anuncia la agonía del mundo, ó bien necesita para conjurarse una voz tan poderosa como la que volvió á poner en orden los elementos desencadenados despues de la inundacion universal.

Pero al mismo tiempo que deploramos los destinos del mundo, si ha de dejar de ser gobernado por el poder de la intelgencia y de la virtud, y ha de gemir bajo el yugo inconcebiblemente tiránico de la muchedumbre desenfrenada, dirémos con la misma imparcialidad á los grandes de la tierra, á los hombres elevados á la cumbre del poder ó de la fortuna, que la superioridad, de cualquier género que sea, no fué concedida á los hombres por la vana satisfaccion de su amor propio, ni para la opresion y

aplastamiento de los demás hombres; pues si crió Dios las desigualdades en el mundo, fué para acercarlas entre si por la ley de un mutuo y armonioso concierto: por esto colocó la fuerza al lado de la debilidad, á fin de que la humanidad pudiese ofrecer el espectáculo de todas las virtudes posibles, así de la dicha que se sabe complacecer como del sufrimiento que sabe resignarse.

Sara quedaba espuesta pues al menosprecio de Agar; y como la desgracia suele ser suspicaz y sombría, quizás llegó hasta ser injusta con Abraham, pues que en sus quejas parecia echarles en cara el no hacer lo bastante para reprimir la insolencia de su sirvienta. Y respondió el patriarca: " Tu sirvienta está en tu poder, trátala como bien te parezca." Porque si bien Abraham era marido de Agar, no por esto dejaba de ser su señor; y la esclava, bien que elevada al rango de esposa secundaria, no por esto quedaba legalmente exenta del poder de su dueño, que conservaba sobre ella derecho de vida y muerte, siendo propiedad suya como parte de sus bienes. Con abandonar á Agar, hallábase libre Abraham de la especie de responsabilidad que Sara, demasiado prevenida, hacia pesar sobre él, creyendo, como creia de otra parte, curar con este medio la herida que se habia abierto en el corazon de su muger, pues suele suceder que cuando la venganza es fácil en demasia, se pierde el sentimiento y el deseo de vengarse.

Con todo, no así sucedió en Sara: ella castigó á su sierva con bastante severidad, y hasta ciertos autores han opinado que escedió los limites de una correccion permitida. Cada cual puede observar en si mismo que en general, la virtud de la indignacion es mal entendida y peor practicada: muchos hombres se identifican con los titulos ó dignidades de que están revestidos, y se persuaden velar por el respeto de los principios, cuando no hacen mas que defender su persona; y así el esfuerzo que hacen para reducir á los otros á la senda del bien, es áspero como el egoísmo, y estéril como una contradiccion. Porque si se corrige, es sin duda ó para resarcir los daños causados, enmendar faltas ó prevenir abusos, consecuencia unos y otros de una pasion ciegamente seguida. Si pues, al presentarse cualquiera como vengador de la verdad y de la justicia, obedece al impulso de sí mismo, ó sea á su propia pasion de cólera, de orgullo ó de interés, ¿ cómo el inferior, que pecó por ignorancia ó debilidad volverá mejor á la voz del superior que peca con luces y fuerzas superiores? La correccion en tal caso no es ya un aviso paternal y saludable que el derecho dá al hombre, sino una innoble querrela de hombre á hombre, de flaqueza á flaqueza. Verdad es que la falta del que castiga en nada justifica al que merece el castigo; pero por cierto que no le edi

fica, antes bien viene á ser un escándalo funesto: y de este desórden moral de amarga trascendencia se lamentan muy justamente la religion y la sociedad.

Si, al contrario reconocemos, con otros escritores, que Sara, igualando la represión á los delitos, no hizo mas que oponer un rigor discreto á un orgullo que no podia domarse por otros medios templados y conciliatorios, como así debemos creerlo; este acto de imprescindible justicia da lugar á otras no menos importantes reflexiones.

Si justificamos, pues, á Sara por la severa resolución que tomó contra su orgullosa esclava, conforme el sentir de varios padres de la Iglesia, este rigor nos ofrece una imágen de la juiciosa severidad que el alma, siendo señora, debe desplegar sobre la carne, que es sierva. Al alma honoríficamente decorada con los brillantes dones de la inteligencia y de la libertad, fuerte por el íntimo sentimiento de su vida superior y celeste, corresponde reinar como soberana sobre el cuerpo que ella anima y dirige; al cuerpo empero, enérgica ciega y poder subalterno, pertenece doblarse dócilmente á las órdenes emanadas del alma, de la cual si bien es glorioso compañero, pero no igual, y mucho menos señor. A menudo los sentidos abogan con gritos de sedición la voz del mandato; se resisten con pertinaz descaro y llegan á amenazar el cetro del que debe mandarlos; y desde el seno de un miserable placer, insultan al espíritu que querría conservarles bajo la ley de una dependencia legítima. Entonces es cuando el espíritu debe acordarse con celoso empeño de su dignidad originaria, entrar otra vez victoriosamente en su autoridad desconocida, hacer expiar á sus esclavos, los sentidos, sus pasadas insolencias, y sujetarlos otra vez á un yugo á que no tienen por cierto el derecho de sustraerse. Como el leon debilitado por el cansancio y las heridas, que en el último esfuerzo de su rabia viene á espirar á los piés del cazador, así el audaz levantamiento de los apetitos sensuales debe aplacarse y morir bajo el peso de los duros y numerosos combates con que debe luchar con ellos el espíritu. En una palabra: que Sara sepa hacerse temer, y debe obedecer Agar.

Este desórden moral en el individuo, produce el desórden moral en la sociedad doméstica, y este desórden multiplicado y generalizado, trasciende tambien en el trastorno y desquiciamiento de la sociedad pública. El mundo moral se halla íntimamente eslabonado desde el individuo á la familia, y desde la familia al cuerpo político y social. Una pasión perversa no dominada puede ser origen de inmensos desastres, y la transgresion de la ley contra la autoridad de la razon en el individuo, produ-

ce sucesiva y á veces rápidamente la transgresion y el desprecio de todas las leyes en una sociedad corrompida y desquiciada.

Quando Abraham permitió á su esposa que obrase á su sabor contra su sierva, que tambien era esposa suya, fué para sosegar la inquietud de su muger, y manifestar al mismo tiempo que no tenia parte en los desmanes de su esclava. Sara le habia inculcado su comportamiento de tolerancia, atribuyéndolo á una especie de ingratitud. Mal te portas conmigo, le dijo; yo te di á mi esclava por muger, la cual viendo que ha concebido, me mira ya con desprecio. Aun hace mas Sara, apela á la justicia suprema de Dios, como si dijera: Si tú no me haces justicia, Dios será nuestro juez. ¿Qué habia de hacer entonces el patriarca, quando Sara le culpa en cierto modo aquello de que ella misma es culpable? Lleno de aquella discreta mansedumbre que en ciertos casos es el mejor consejo de la rectitud, deja á la esclava á la disposicion de su señora, despojándose, por decirlo así, de la autoridad que sobre aquella tenia. La esclava castigada por su señora, ya fuese con el abatimiento, ya con la humillacion, cae en desaliento y huye. Dirijese hacia el lado de Egipto, su patria, y fuéle preciso atravesar un vasto desierto que se estiende hasta el Mar Rojo, á cuya estremidad viniendo desde Hebbron á Egipto por el desierto del Sur, que sirve de término á la tierra de Canaan, habiendo llegado junto á una fuente que se hallaba en el camino, apareciendosele un ángel en figura de hombre, le dijo: "Agar, sierva de Sara, de dónde vienes y á dónde vas?"—"Voy huyendo, respondió ella, de la presencia de Sara, mi señora." Y añadió el ángel del Señor: "Vuelvete á tu ama, y humíllate á sus órdenes." Esto mismo es lo que importa recordar y prescribir á todos cuantos se sienten abatidos por las dificultades y con falta de valor para vencerlas; á las almas frívolas y á los corazones flacos que no comprenden el carácter de la vida ó que no tienen fuerza bastante para aceptarla tal como Dios la ha destinado. El trabajo y la humillacion de que aquí descais escapar bajo una forma, nos aguardan un poco mas lejos bajo la otra, y tal vez con mayor intensidad; aquí evitaréis la brusca reprension de un amo; y vais á encontrar delante de vos la salvaje inmensidad del desierto. Lograse el triunfo por medio del valor que lucha, y no por la cobardía que retira.

El celeste enviado dice ademas á la fugitiva: "Multiplicaré en tanto grado tu descendencia, que por su multitud no podrá contarse. Has concebido y darás á luz un hijo, al que pondrás por nombre Ismael, porque el Señor te ha oído en tu afliccion." Algo de parecido pasa en los corazones acometidos y probados por los atractivos del mal ó por los rigores del infortunio: la tentacion les marchita, les abate, pero el ángel destina-

do á su guarda les vuelve á levantar de su postracion, y hace reverdecer su valor y su esperanza: corrige la laxitud y el terror en que los ha sumido el peligro, por la promesa de los socorros que envía el cielo, y de las recompensas que reserva al heroísmo. Porque de una parte la proteccion y la misericordia divina cubren al pecho atribulado como una égida celeste, y de otra, si es hombre de bien, sus actos quedan como una gloriosa y fecunda posteridad: su ejemplo traza un sendero de luz, y presta alas de fuego á los que quieren seguirle en la virtud: sus obras resisten á la accion devastadora de la muerte, y por el lazo del merecimiento van á unirse para siempre desde esta vida á la vida futura, al través de las profundidades del sepulcro.

Y continuando á hablar de Ismael, le dijo el ángel: "Este será un hombre fiero: se levantará él contra todos y todos contra él, y fijará sus tiendas frente á las de todos sus hermanos." Nada mas fácil que el saber si se cumplió despues esta profesia. Antes de morir Ismael, se hizo temer de todo el país que mas tarde fué nombrado Arabia. Su posteridad, mezclada con la posteridad de Héber, biznieto de Sem, pobló las comarcas que se estienden desde el Eufrates al Mar Rojo y á los confines del Egipto, y desde las orillas del Océano indio hasta la Palestina. El fué el padre de los árabes ó sarracenos, nacion guerrera, cruel, inconstante, de vida nómada ó sin habitacion fija. En su pobreza y en su sobriedad pocas cosas bastan al árabe; pero en su fiereza hay una á la que no renuncia jamas, y esta es la independencia. Mejor protegidos por sus desiertos de lo que lo están las lejanas islas defendidas tras de abismos insondables, y colocadas bujo la guarda del Océano, nunca vió á sus enemigos plantar sus tiendas sobre la tierra que le fué señalada en herencia. Los persas, los griegos, los romanos no le han sometido. Todas las grandes invasiones vienen á espirar á sus piés como rios que se pierden y mueren en los arenales, y los pueblos europeos que cien veces le han vencido: no han podido domarlo todavía. Tribus errantes, los árabes vivieron por largo tiempo de comercio, de fraude y de pillaje. La Judea, la Idumea, los moabitas y amonitas están en medio de los árabes, descendientes de Ismael. Los Secnitas ó de Agra ocuparon la parte oriental, y los otros ismaelitas la Arabia Petrea y la Feliz. Los árabes han presentado siempre una mezcla estraña de rasgos generosos y de instintos groseros, de ferocidad y de heroísmo, de hospitalidad y de latrocinio. Dotados de pasiones ardientes y de una fantasia llena de encantos, sensibles, arrebatados, entusiastas, han sido capaces de llegar al colmo de la civilizacion luego que han estado en contacto con ella; y serian los dueños del mundo, si hubiesen sabido renunciar á su vida errante y á su delirio por la inde-

pendencia. A principios del siglo VIII, los reunió Mahoma bajo una ley comun, disciplinó sus fuerzas, y soplando el espíritu del fanatismo sobre esta organizacion nueva y enérgica, los envió á la conquista del mundo. Volaron ellos llevados en las alas de la victoria, uniendo al gusto feroz de las batallas el culto delicioso de las ciencias y de las artes, sin duda porque la guerra, como todos los grandes dolores de la humanidad, purifica y regenera las naciones, y las fecunda aproximándolas. Mas esto pasó con la velocidad del rayo, pues fieles á sus hábitos nómadas, los árabes no hicieron mas que levantar y alzar sus tiendas en los campos de la gloria. Muchos siglos hace que se hallaba plegada la bandera que enarbolaron, y la Europa cristiana deponiendo sobre ella la cruz y su espada, dió la señal de que no volveria ya mas á desplegarse. Y realmente, la lengua, las leyes, las costumbres, la fisonomia misma, todo anuncia que el árabe ha conocido la civilizacion, y que el estado salvaje en que ha vuelto á caer, anuncia no un pueblo inculto, sino una nacion que pasó por un rápido periodo de gloria de la infancia á la decrepitud.

Prescindirémos del genio y del carácter del legislador de la Meca, de su nacimiento, de su supuesta revelacion, de sus primeras persecuciones, de su finjido viaje al cielo, de las vicisitudes de sus doctrinas, de sus rápidas victorias, y del asombroso prestigio que supo dejar entre los suyos para despues de su muerte. La historia de Mahoma es un tejido de acontecimientos estraordinarios, empujados por las circunstancias á un punto casi increíble de grandeza y de impostura. Aquel hombre singular, mezcla portentosa de preudas naturales, de astucia para la seducion, de valor indómito, de trato embelesador y de talentos adquiridos, sintióse con audacia para fascinar á un mundo medio idólatra y corrompido, predicar una religion nueva, hija monstruosa y enemiga á un tiempo de las que se conocian; trastornar por decirlo así, el órden religioso, político y social de su siglo, para esclamar en medio de pueblos ardientes y belicosos: ¡Hijos de Ismael! yo os traigo el culto de Noé y de los patriarcas. Proclama la unidad de Dios, exalta sus grandezas con algunos bellos rasgos de los sagrados libros, usurpa y desfigura algunos dogmas del cristianismo, y algunos de sus preceptos morales, al paso que quita del hombre el libre albedrío, al paso que hunde toda la moral en el caos del fatalismo. Nunca se vió impostor mas sagaz ni mas afortunado. Su religion apenas nacida, se derrama como un torrente por las Arabias y por la Etiopia; y aun cuando el legislador guerrero, al ir á lanzarse como un leon sobre Eraclio, muere de un veneno; con todo, no se detienen los progresos de su religion que penetra la Siria y la Palestina, la Turquía

y la Persia, hace temblar el Asia, conquista el Egipto y la Alejandría, rinde y avasalla la Mauritania, y avanzando hasta las estremidades del Acia occidental, no se detiene hasta las orillas del Océano.

Esta inundacion inmensa, que somete bajo la media luna la mitad de nuestro hemisferio, llegó tambien hasta nuestra patria, y entronizóse tambien en ella por largos años la dominacion mahometana. Y presenciendo ahora de la vasta historia de esta transformacion social y religiosa, nos limitaremos á indicar, que muy notable debió de ser la influencia de aquel grande suceso en la marcha del mundo y de la humanidad. El fué preparando la posterior invasion que habia de suspender por algunos siglos en las mas bellas regiones del mediodia de Europa, la civilizacion cristiana. Cuando los moros ó los pueblos nómadas de Mauritania, asombrados por las rápidas conquistas de los musulmanes, dueños ya de la mitad del Asia y del Africa, abrazaron con ardiente entusiasmo la religion de un descendiente de Ismael, fué cuando Mussa, vencedor al frente de cien mil hombres de las potencias berberiscas, se apoderó de Tanger, posesion entonces de los godos españoles, y medió trasladar al corazon de la Peninsula las armas victoriosas del islamismo. Conocida es ya la triste página de nuestros anales en la que se consigna la servidumbre de nuestra patria, bajo la cuchilla agarena.

No es nuestro objeto rectificar aqui con datos históricos la idea exajerada de barbarie y de crueldad con que la ignorancia de los hechos, y hasta cierto punto el orgullo nacional, manció indistintamente el largo dominio de los árabes en España. Imparcialmente hablando, y á pesar de la natural antipatia que nos inspiran los enemigos de nuestra fé, hemos de confesar que la civilizacion mahometana llegó en España al colmo de su esplendor y grandeza. El poder de Córdoba bajo el imperio magnifico de sus reyes califas de Occidente, es de lo mas grande y admirable que nos ha dejado la historia del mundo. Pero no era para la España la civilizacion musulmana. La Providencia tenia decretada la caida de aquellos colosos de la tierra, que embriagados de poder y de delitos, habian hecho de su capital la morada encantadora de todas las bellezas, de todas las pompas y de todas las ciencias humanas. Una tosca cruz clavada entre ásperos montes, habia de triunfar del poder de Islam, derribando sucesivamente el soberbio trono de los omniadas, y la diadema de los últimos reyes de Granada.

Todavía son bellos los recuerdos de aquella galanteria que brotaba entre las pasiones ardientes de los hijos de Agar, que vieron la luz en nuestra patria, y que suspiraban al despedirse por última vez de las torres de Granada. Todavía circula tal vez la sangre de fuego en las venas

de muchos iberos. ¡Cuántos magníficos monumentos conserva aún la hermosa Andalucía de aquella época de encantos, de entusiasmo y de gloria, y todavía son estos espléndidos vestigios el asombro de naturales y extranjeros! Sin embargo, aquel período de pujanza sostenida con todos los elementos humanos de civilizacion, desapareció como un sueño, aquel coloso brillante cayó sin dejar rastro de su existencia.

Quando se pregunta por qué á pesar de la prudencia, circunspeccion y hasta cierto punto justicia y sabiduria de varios puntos importantes del código de Mahoma, por lo que pertenece al órden civil; cómo una legislacion que á semejanza de la de Moisés, abrazaba el dogma, la religion, la moral y el derecho, escrita con astucia, con arte, con profundo conocimiento de los pueblos que debian adaptarla, nueva, brillante, circuida y coronada con el prestigio de la gloria y del poder, acabó por sumir á las naciones sobre que ha dominado en el despotismo, en la iguorancia y en el embrutecimiento, ¿qué se responde? No hay mas que una contestacion que dar. Porque cimentada en el fanatismo de secta, en la tirania doméstica y en el desfogue de las pasiones ardientes, minaba en sus cimientos los principios elementales del órden y del progreso de toda sociedad, encervaba los corazones, embrutecia las costumbres, condenaba á la servidumbre una mitad del género humano, debilitaba, si no destruía, los dulces vínculos de familia, corrompia la moral pública y privada, seputaba en el ocio y en la molicie la parte mas fuerte, mas poderosa de la sociedad, sancionaba la esclavitud, oscurecia el pensamiento. Lo diremos de una vez: porque si la impostura hubiese producido los efectos de la verdad, si la civilizacion mahometana hubiera eclipsado la civilizacion cristiana, si la obra del hombre hubiese prevalecido sobre la obra de Dios, ¿cómo hubiéramos podido adorar los designios de la Providencia, que hace efímero el triunfo del error, y que tarde ó temprano desploma los orgullosos monumentos en que se habia encastillado?

Y no se crea que es un libre dicho el resultado de la influencia del mahometismo sobre la civilizacion de los pueblos. Un viajero reciente, que á principios de este siglo recorrió bajo el nombre de Ali-Bey las regiones mahometanas del Asia y del Africa, el sabio español D. Domingo Badia, conocido por sus *Viajes* en todo el mundo civilizado, hace la siguiente descripción del estado de ignorancia y de atraso en que se hallan los países dominados por el Islam. Vamos á transcribirle como prueba autorizada del estado á que ha venido á parar el pueblo de los descendientes de los hijos de Ismael.

“ Toda la ciencia del musulman se reduce á la moral y legislacion identificadas con el culto y dogmas; es decir, que todos los estudios se

reducen al Koran y á sus comentadores, con algunos lieros principios de gramática y dialéctica para leer y entender un poco el testo divino. Los comentadores no se entienden á sí mismos; engolfan sus discursos en un arcano de sutilezas ó de pretendidos raciocinios, y se embrollan de tal modo, que no sabiendo como salir, invocan la predestinacion, ó la absoluta voluntad de Dios, con lo cual todo lo concilian ó componen. Son eternos disputadores *in verba magistri*, sin otro apoyo que la palabra del maestro ó del libro que citan á tuerto y á derecho.

“Para el estudio de la geometría tienen á Euclides, cuyos tomos apollillados casi nadie lee, á escepcion de una docena de páginas. La cosmogonia es la del Koran, hija del Pentateuco, á quien llaman B-tlaimus. La astronomía se reduce á algunos preliminares indispensables para tomar la hora al sol con astrolabios muy groseros, y contruidos separadamente para cada latitud dada. De las matemáticas solo conocen la solucion de un cortisimo número de problemas. La geografía no se estudia. La física es la de Aristóteles, pero apenas se paran en ella. La metafísica es un gran campo de batalla en que consumen aquellos doctores todas sus fuerzas morales. La química no existe para estos pueblos; solo tienen algunas ideas de la alquimia, y hay entre ellos algunos miserables adeptos. La anatomía está del todo desterrada por la religion, á causa de la pureza legal, de las ideas sobre los muertos, separacion de los sexos, &c. De medicina solo se estudian algunos detestables empiricos, y casi ignoran la existencia de los grandes maestros antiguos: la terapéutica va casi siempre acompañada de crueles operaciones y prácticas superstitiosas. La historia natural sufre los mismos obstáculos invencibles que la anatomía. La ley prohíbe las estatuas, ó las pinturas y dibujos de objetos animados: la gravedad musulmana abandona el ejercicio de la música á las mugeres y á las clases ínfimas de la sociedad; no hay pues que pensar en bellas artes, ni en placeres y ocupaciones agradables.

“Confundida la astronomía con la astrología, cuantos miran al cielo para saber la hora ó descubrir la luna nueva, son tenidos entre la turba de astrólogos por adivinos, que predican la suerte del rey, del imperio y de los particulares. Gozan estos tales de gran consideracion; logran destinos importantes, y ejercen grande influencia en los negocios públicos y privados.” De esta misma manera, á corta diferencia, se nos pintan, en cuanto á los adelantos de la civilizacion, los pueblos en las primeras edades del mundo. ¡Hé aquí lo que ha reportado el mundo de la legislacion de Mahoma! Ved ahí lo que son aun en el siglo XIX los pueblos que nacieron de los descendientes de Agar.

Pero volvamos á tomar el hilo de la historia. Agar, movida por un

sentimiento religioso, invocó el nombre del Señor que acababa de consolarla, y llamó á la fuente testigo de esta maravilla, la fuente del que vive y me vé. Abraham dió el mismo nombre al lugar en que Dios le mandó sacrificar á su hijo. Sabido es que la remota antigüedad tenia la costumbre de designar los lugares por los hechos mismos que en ellos se habian verificado. Privilegio reservado á aquellos tiempos y á aquellos hombres, que podian poner nombre á lugares que aun no le tenian, y consignar de este modo solemne los recuerdos mas notables de su propia historia en las pájinas inmortales de los montes, de los campos, de los valles, de los pozos, de las fuentes, en ese libro perenne de la naturaleza, que debian guardar con respeto los siglos posteriores!

Agar, siguiendo el precepto del cielo, volvió con docilidad á la casa de su señor, y se humilló bajo el poder de Sara. Dió despues al mundo un hijo, que fué llamado Ismael. Pasado poco tiempo, prometió Dios á Abraham que Sara le daria tambien un hijo, y confirmóle lo que le habia anunciado con respecto al de Agar. “Yo le bendeciré, dijo el Señor, y le daré una posteridad numerosa. Doce principes saldrán de él, y llegará á ser el gefe de un grande pueblo.” El corazon de Agar se abrió á la alegría pensando en los brillantes destinos que la palabra divina garantizaba á Ismael. Estas madres generosas que parece llevan siempre su hijo en su corazon, y que le paren sin cesar entre las angustias de una inquieta esperanza, no saben vivir sino por él y para él, y llenan ya su porvenir con todas las riquezas de sus bellas ilusiones y sus ardientes deseos, con el anhelo mismo con que derramaron sobre su cuna la inesplicable delicia de abrazos y de besos. Pero si Dios les concede tanto á ellas como á sus hijos la gloria que tanto apetecen, es al precio de trabajo y de amargos sufrimientos. El amor de madre es un delirio que da nueva vida al corazon: es aquella espansion inesplicable con que el amor con toda su actividad las abandona á sí mismas, para cebarse todo entero en el hijo, al cual parece que ha pasado su propia existencia.

Abraham, segun la divina promesa, tuvo de Sara un hijo, á quien llamó Isaac, y que debia ser el heredero bendito de las creencias y de las virtudes de su padre. Si la buena armonia no habia podido reinar entre las dos esposas en los dias en que no tenian otro punto de contacto que sus diversas cualidades, ó tal vez los defectos de su carácter personal; ahora que los gustos, las rivalidades y las querellas de los dos hijos venian á ser, por decirlo así, los gustos, las rivalidades y las querellas de las madres, hallábanse en grave complicacion los primitivos elementos de discordia, y á menudo se veian puestos en juego. La familia del creyente y puro Abraham no pudo escapar de las desagradables consecuen-

cias de la poligamia, y en vano cualquier otra familia podría lisonjearse de escapar de ellas. Hágase cuanto se quiera: las leyes morales que presiden á la paz doméstica, así como á la prosperidad de los imperios, no pueden ser olvidadas impunemente; y es digno de notarse, que aun cuando en la materia especial de estas leyes dispensa Dios algun tanto á la humana flaqueza, los inconvenientes inevitables que se producen, parecen advertir á la criatura, para que entre, redoblando los esfuerzos de su valor, en un órden mas perfecto. Por lo demas, si queremos comprender por una parte cuánta habilidad y poder tienen los hombres para degradarse, y por otra cuán saludable freno ha puesto á su disolución el Evangelio, restableciendo el matrimonio en su primitiva condicion de unidad, no hay mas que recordar los tráficos infames que deshonoran los mercados de Stamboul y de Ispahan, y su harems, divididos por celos crueles y por odios implacables.

Vió un dia Sara que Ismael hacia burla de Isaac, su hijo. Ismael no dejaba de conocer que su derecho de primogenitura y todas sus secretas esperanzas acababan de disiparse como el humo, y que siendo hijo de la esclava, tendria por señor á su jóven hermano, hijo de la muger libre. Dió muestras, pues, de su envidia y de su aversion, y su carácter audaz, violento é impetuoso podia llevarle á los mas graves extremos. Esta circunstancia hizo tomar á Sara una severa resolucion, la cual dijo á Abraham sin rebozo: "Despide á esta esclava y á su hijo, porque el hijo de la esclava no ha de ser como mi hijo Isaac, el heredero de las promesas de Dios." No hay duda que estas palabras debieron parecer duras á Abraham, hombre virtuoso y recto, dotado de nobles sentimientos: sentir debía cierta repugnancia natural en acceder á la demanda de una esposa, y por causa de un hijo, contra otra esposa y otro hijo. Y seguramente que no accederia desde luego á ponerla en ejecucion. No le faltaba integridad y firmeza para denegarse á ella, ó temperar el rigor de aquella medida, considerándola como una exigencia esesiva de una muger en demasia ardiente y recelosa. Pero en su determinacion intervino la voluntad del cielo. Dios dijo á Abraham: "No te parezca cosa dura lo que Sara te ha propuesto acerca de ese muchacho y de su madre, esclava tuya: practica todo cuanto te diga, porque Isaac es aquel por cuya linea ha de permanecer el nombre de tu descendencia." Y añadió: "Bien que al hijo de la esclava yo le haré caudillo de un grande pueblo, por ser sangre tuya." Ved ahí, pues, la órden espresa de Dios; que aprueba la medida tomada por la esposa primera de Abraham, y que plenamente la justifica contra toda acriminacion ó sospecha de encono ó de venganza. ¿Quién sabe si esta muger, como cree el grande Agustino, temió

que la envidia y aversion de Ismael no le llevasen á renovar, con escándalo del mundo, la horrible tragedia de los dos primeros hermanos? Abraham, pues, tan puntual y exacto en obedecer los decretos del cielo, preparó su corazon á este nuevo sacrificio, que debía consumir por sí mismo. Aunque amaba á Ismael, la obediencia á los mandatos divinos ahogó por primera vez en su pecho generoso todos los sentimientos de la naturaleza; y el que con tanto heroismo triunfó poco despues de ellos para levantar el cuchillo sobre el cuello de su hijo Isaac, no es extraño que para despedir á su hijo Ismael y á la esclava egipcia, madre de éste, se hiciese superior á todos los afectos de padre y de esposo. Hay sobre todas las afecciones del hombre la voluntad de Dios; y el secreto de la vida consiste, no en huir del dolor y crearse goces nuevos, sino en caminar en el sentido de la voluntad de Dios; y este no deja de ser un verdadero goce para las almas rectas y virtuosas, que se placen en confundir, ó mas bien uniformar su propia voluntad con la de Dios. Acostumbrados á tomarla siempre por guia infalible de sus actos, renuncia á su propio albedrio, siempre que habla Dios, con el mismo gusto con que se desea complacer á una persona amada. Y esta propia abnegacion es el último grado de amor á que puede llegar la virtud sobre la tierra.

Engañanse los hombres muchas veces acerca de la verdadera idea de felicidad, y el verdadero carácter de los acontecimientos que pasan á su vista, pues solo ven en ellos la eventual combinacion de las circunstancias, y no atienden ni piensan siquiera en la oculta mano de la Providencia, que lo conduce todo á sus elevados fines. Y sucede muchas veces, como aconteció en la demanda de Sara, que allí donde los espíritus terrenos no ven mas que el juego de una pasion humana y largas desgracias que lamentar, se ocultan el resorte de algun admirable decreto y el gérmen fecundo de un porvenir lleno de gloria. Pero los hombres sinceramente religiosos, que á mas del órden aparente penetran en ese órden providencial, y abrigan una fé invencible en sus doctrinas, comprobadas despues por los resultados, sienten en su interior una fuerza divina que imprime á toda su vida un carácter de generosa libertad y de resignacion magnánima.

El Señor, que queria escojer para sí un pueblo aparte, en donde habian de ser conservadas como en inviolable depósito las verdaderas creencias, y sacar este pueblo de Abraham por medio de Isaac, y no por Ismael, separó los dos hermanos, á fin de que las violencias de la mala voluntad del uno no pudiesen ahogar ó corromper la vocacion y los destinos del otro. Advirtió, pues, á Abraham, como hemos visto, que se conformase con el deseo manifestado por Sara de despedir á Agar y á Ismael. La

razon de este acto, que se hallaba todavia envuelto en los pliegues de lo futuro, era lo que habia de constituir la grandeza y la gloria de la familia del patriarca, la propagacion de su predestinada posteridad por medio del hijo prodigiosamente tenido, y en esta razon, oculta entonces á todos los mortales, se encerraban los destinos del mundo, pues de aquella posteridad debia nacer el divino reparador del mismo mundo, cuya ascendencia remonta hasta el primer hombre por medio de Abraham, y cuyo reino espiritual y divino debia permanecer hasta el fin de los siglos sobre la tierra para continuarse despues glorioso y triunfante en los dias eternos.

Con todo, el Señor, tan grande en sus castigos como en sus recompensas, se muestra generoso con su siervo. Abraham era padre de Ismael, y esto bastaba para que el Señor no olvidase en sus bendiciones al hijo de la esclava; y ya hemos visto que le hizo como una especie de patriarca de un gran pueblo, bien que éste no habia de ser el pueblo de Dios, sino el pueblo del desierto. ¿Qué gloria para Abraham cuando el Señor le promete bendiciones para Ismael, dándole por único motivo: *Porque viene de tí, porque es de tu sangre!* El mérito del padre recae sobre el hijo, cuando el hijo es el fruto de la bendicion de Dios; un hijo perverso es el castigo mayor que Dios puede reservar al hombre, así como un buen hijo es la corona de la felicidad del padre. Dios vincula sus bendiciones y beneficios en las familias de los justos; y aunque á veces les ofrece el cáliz amargo de la tribulacion, no por esto se separa de ellos, mora en su casa como un consuelo celestial, estrecha los dulces vinculos que los unen, y aun cuando gravite sobre ellos el peso del infortunio y pasen por el crisol de la desgracia, la santa resignacion endulza sus penas, y su puro y reciproco amor, que se confunde con el de Dios, conserva siempre en el fondo de sus almas un paraiso de felicidad.

Abraham, pues, se levanta de mañana, y cojiendo un pan y un odre lleno de agua, lo pone sobre los hombros de Agar, le entregó á su hijo y la despide. Solo con Ismael, sin otro alimento ni bebida que la que podia llevar, espuesta á morir de necesidad y de fatiga en el desierto que habia atravesado, la infortunada Agar recibia un duro tratamiento, que debemos creer le fué aplicado porque su insolencia con Sara habia llegado al último estremo. Y nos mueven á pensar así dos sencillas y obvias consideraciones. La primera porque en aquellos tiempos y en aquellos paises en que hasta los extranjeros se tenian como cosa sagrada, y que gozaba de tan estensos derechos la hospitalidad, los servidores, y con mucha mas razon los allegados y próximos parientes, no podian ser eschuidos sin graves motivos de la comun y universal benevolencia. Y en segundo

lugar, ¿cómo podemos sospechar que Abraham, dotado del espíritu de Dios, y en cuyo corazon magnánimo se abrigaban los mas puros y generosos sentimientos, se hubiese así portado con Agar y su hijo, á no mediar una íntima y poderosa conviccion de que obraba con justicia, y de que aquella era la voluntad del cielo? Aun mas, debemos suponer que aquel hombre, amigo familiar de Dios, tenia ya un oculto presentimiento de que su Providencia no abandonaria á la fugitiva, y que proveeria á su sustento y al de su hijo, como así sucedió en efecto; por cuanto estaba seguro de que Ismael debia vivir, segun la divina promesa, para ser padre de un gran pueblo.

Agar salió, pues, de la casa de Abraham, y en vez de regresar á Egipto, como pensaria hacerlo sin duda, se estravió por la Arabia, y perdió su camino. Divagaba, pues, perdida por el desierto, que despues tomó el nombre de Bersabe, pequeña ciudad, edificada sobre los confines de la Idumea y de la Palestina. Su provision de agua no debia tardar en agotarse. Aun en el dia los viajeros no se atrevieran á pasar por aquellas vastas sol-dades, abrasadas por los rayos del sol, y en donde el viento borra por la mañana las huellas que en la vispera dejaron, si el camello, tan sóbrio como agil y laborioso, no los llevase con sus víveres y bebidas como un navío formado por la mano de Dios para surcar por aquellos océanos de arena. Triste y vencida por la fatiga y sed, Agar abandonó á su hijo bajo la sombra de un árbol. Sentóse despues á la distancia de un tiro de flecha, diciendo: "No veré yo morir á mi hijo." Porque hay en ciertos lances mas que lágrimas: hay como una espada que penetra hasta el corazon de los que los contemplan, y le desgarran con heridas de muerte. Allí, sola, consigo misma, levantó la voz del pesar, y la infeliz muger lloraba con toda la amargura del alma de una madre; imájen viva de otra madre mas aflijida aun, que, siglos despues, presenciando la muerte de su Hijo divino, sufrió todos los dolores juntos de la humanidad. Ismael, sin aliento, lloraba tambien, y sus sollozos desgarraban el pecho de la madre.

Hay sentimientos tan vivos que necesitan un desahogo mas fuerte que el de la simple narracion. La fantasia, oprimida como el corazon por estas escenas, que rebozan sensibilidad, ansia vengar algo mas por el ámbito de su propia actividad, y desea, sin estraviarse de la verdad, conceder mas libre ensanche al sentimiento.

Agar, al abandonar á Ismael.

En mal hora, hijo mio, concebido
 Naciste en mi seno maternal. ¡Ay! torvo
 Miróme el cielo cuando dijo: Un hombre
 Concebido será: ¡Oh, nunca, nunca
 Tan triste día amanecido hubiera!
 Días menos amargos yo pasara
 En mi sombría esclavitud, llorando
 En mi soledad. Brindóme con su techo
 El hijo de Tharé. Propicio el cielo
 Sonreír parecía á mi desgracia,
 Y al venerable anciano prometía
 Posteridad por tiempo suspirada.
 La veo aún á mi señora; amable
 Contemplaba mi rostro verecundo,
 Que cubría el rubor: en mí anhelaba
 El deseado don que no tenía,
 Y de su esposo retiróse. El gozo
 Y el temor combatían en mi pecho.
 Humilde sometíme y temblorosa
 Al divino querer. Vos, ¡oh Dios mio!
 Solo vos el combate de mí misma
 Pudisteis penetrar: vos los suspiros,
 Las tiernas ansias, el afán materno
 Veníais, ¡oh Señor! de vuestra esclava,
 Objeto entonces del amor de todos,
 De las tiernas caricias de un esposo,
 Y hasta de la afeccion de mi señora,
 Que con ojo benévolo miraba
 Mi ventura al principio, y en seguida
 Mal ocultaba en su mirar sombrío
 El oculto penar que la aquejaba
 De envidia. Mas, ¡qué júbilo, qué puro
 Placer se traslucía en el semblante
 De mi señor! ¡Qué tímida alegría
 Inundaba mi pecho! ¡Cuánta dicha
 Me atreva á esperar! Recuerdo el día
 En que del seno maternal salido

Llorabas en mis brazos, lindo, hermoso,
 Cual la tierna palmera del desierto.
 De contento llenaste, ¡oh desdichado!
 La casa de Abraham: el tierno padre
 Su augusta faz gozoso remozaba
 A tu infantil sonrisa; y, Sara, Sara,
 Tú tambien en tu seno le estrechabas.
 Confusa de placer, agobiada
 Por mi felicidad, en tí mi vida,
 En tí todo mi ser se trasmitía.
 Tú de mi pecho con afán chupabas
 El néctar maternal, y así crecías
 Para ser infeliz. Jugueteando
 Entre los brazos de tu padre y míos
 Vivías sin rival, y el embeleso
 Eras solo de todos. Mas al punto
 Que Dios el seno de la estéril Sara
 Dignése fecundar, ví el infortunio
 Que á nublar iba nuestros bellos días.
 Te lloré, ya perdido ó espulsado
 Del techo paternal, sobre tus hombros
 Con el baldon cargado de tu madre.
 Por tí, luz de mis ojos, yo sentía
 El peso de mi humilde servidumbre;
 Mas yo adoré al Señor y sus decretos:
 Adóralos tambien. ¡Quién me dijera
 Cuando el padre sus ruegos redoblando
 Por su tierno Ismael, á Dios pedía
 Para su hijo proteccion y amparo,
 Quién me dijera que llegara un día,
 Día de crueldad y de abandono,
 En que tu padre á entrambos arrojara
 Del hogar paternal. ¡Oh! nunca el cielo
 Mis fervientes anhelos secundara
 Ni fecundo mi seno hubiera sido!
 Al despedirnos mi Señor, el llanto
 Mal comprimía en sus hinchados ojos,
 Que no de fieras se nutrió con leche
 Ni es de duras entrañas. Si nos viera
 Ismael, si nos viera, fatigados,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Devorados de sed, en esta ardiente
 Arena que pisamos sin amparo,
 Sin techo, sin hogar, sin fuente ó pozo
 Do calmar el ardor que nos abrasa ;
 Si te viera sin fuerzas, sin aliento.
 Entreabiertos los labios, y los ojos.
 Casi cerrados á la luz del cielo
 Y esperando la muerte! Si nos viera,
 Ora quizás que estrechará en sus brazos
 Al hijo de Sarai afortunado
 Sobre el mullido lecho, las caricias
 De su padre bebiendo: si me viera
 Abandonada, errante, contemplando
 Que tú vas á morir! ; Hijo! yo parto,
 No podré oír tu postrimer suspiro:
 A morir voy tambien, mas de ti lejos.
 Adios ¡ay! para siempre: de tu madre,
 De esta tu madre mísera recibe
 El ósculo postrer. . . . ¡Lloras? asido
 De mi lánguido cuello, no consientes
 En dejarme por fin? Suelta, hijo mio,
 Y déjame morir sin que te vea.
 ;Oh Dios de mi señor! tú que salvaste
 Del esterminio universal del mundo
 A tu siervo Noé: tú que en las ondas
 Que devoraron montes y llanuras
 La familia querida conducias,
 Que sobre el nuevo abismo iba flotando
 En el madero de salud guardada ;
 Tú que á Loth del diluvio de las llamas
 Libertaste piadoso, desdichada
 De mí, tambien te imploro: no perdones
 A esta triste muger quizás culpable
 A tus divinos ojos, mas, soy madre,
 Y el hijo que en mi seno tú me diste
 De la sed abrasado va espirando.
 Piedad: si un día, ciega de contento
 Al sentirle saltar en mis entrañas,
 Loca de mí me envanecí, creyendo
 Encerrar en mi seno las promesas

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Que á la projeñie de Abraham hiciste ;
 No te acuerdes, Señor, de mi flaqueza
 Y borra de tus ojos mi delirio.
 Si falta expiación, aquí me tienes. . . .
 Voy á morir, mi Dios, aquí insepulta,
 Mi cuerpo quedará pasto de fieras.
 Mas ¡ay! ;salva á Ismael! que Ismael viva,
 Hijo infeliz de tu culpable sierva,
 En tus brazos le dejo. . . . Mas ¡ay triste,
 Que abierta tienc la abrasada boca
 Y aprisa ya su corazon palpita
 Devorado del fuego que le ahoga!
 ;Señor! si ha de morir, que no le vea,
 Y muera yo tambien: el sacrificio
 De estas dos vidas aceptad propicio :
 Aquí muere mi amor y mi esperanza. . . .
 ;Oh Dios! . . . no puedo mas. . . . la voz me falta
 Como la vida á Ismael. . . . él muere,
 Y...desdichada...yo...tambien...te sigo...

Mas en aquel momento estremo aparecióse el ángel del Señor para consolar á los fugitivos. “Agar, le dice, ¿qué haces aquí?—No temas: el Señor ha escuchado la voz de tu hijo. Levántate, toma á tu hijo por la mano, pues le haré caudillo de un grande pueblo.” Es de creer que Ismael, acordándose de las creencias y de las habitudes de su padre, mezcló en sus lágrimas y en sus plegarias un sincero sentimiento de religion ; y que viéndose solo y abandonado en un desierto, empezaria tambien á llorar y á clamar á Dios, pidiéndole socorro ; y Dios no podia dejar desatendida la súplica de un hijo de Abraham, sobre quien tenia tambien sus designios. Y ademas, este niño desventurado, sin mas refugio que la sombra de un árbol, casi exánime por la sed que le devora, arrojando lastimeros gritos, que el cielo se digna escuchar, ¿no es una verdadera figura de la humanidad, desterrada del Eden, atravesando la aridez del desierto de esta vida, con una sed desesperada de felicidad, buscando un abrigo al pié del árbol sagrado de la Cruz, y exhalando suspiros de tristeza y de confianza, á los cuales responde Dios por el dón de la gracia y la promesa de una vida inmortal? Porque, desde las alturas del Calvario ¿no llamó el cristianismo á los pueblos paganos estraviados en su camino, á la verdad, á la virtud, á la libertad, á todos los mas nobles goces de la hu-

manidad regenerada? ¿La Iglesia no vino á decir al linaje humano: "Qué harías tú en la desolante soledad de la duda y en el desaliento cruel que sigue al egoísmo? Coloca tu confianza y tu amor en Dios, que ha escuchado la voz de tus dolores. Levantaos, hombres todos, tomaos por la mano, porque sois hermano de origen y de destino: caminad uniendo vuestras fuerzas, y prestaos un mutuo apoyo en la comun angustia que os cerca por donde quiera. Hijos de vuestras obras, las glorias del porvenir igualarán á vuestro valor y á vuestras virtudes."

Consolada Agar á la voz de lo alto, levantó los ojos y reparó en un pozo, á donde corrió para buscar agua, dándola á beber primero á su hijo. El desaliento y turbacion en que se hallaba le habian impedido el descubrir hasta entonces aquel manantial de agua viva, que tan cercano tenia, ó quizás tambien porque desde aquella época los habitantes de la comarca, como hace observar un antiguo escritor, tenian la costumbre de cubrir de arena la boca de los pozos, y de no revelar su existencia sino por medio de señales de ellos solos conocidos. Y en este súbito é inesperado descubrimiento que hizo Agar, ¿no podemos descubrir asimismo una imájen de lo que nos sucede en medio de los reveses y de la prosperidad? Porque ¿cuál es el efecto de la sombría y tétrica tristeza? Dirigir hacia el interior y aletargar las facultades del alma, manteniéndola así agotada y cautiva bajo el peso de su concentrada energia, por manera que descuida el cumplir, ó cumple como por instinto y sin resultado las mas útiles y sencillas operaciones. Y al contrario, en la esperanza y en las alegrías de la prosperidad, ¿no hay un cierto impulso ardiente y expansivo que escita nuestra actividad, la llama á derramarse en lo exterior, y la pone en vivísimo contacto con los elementos de buen éxito que presentan las circunstancias, hasta el punto de que el alma se siente fuertemente impulsada por este soplo poderoso que se llama feliz fortuna, ó animada por este espíritu de adivinacion que se llama el genio?

La cercanía del pozo, en el cual no reparó Agar hasta que se lo mostró el ángel, es comparada tambien con la proximidad en que estuvo de los judíos el verdadero Mesías, y á quien ellos, ciegos, no conocieron ni conocerán hasta que el Señor, usando de misericordia con aquel pueblo, les abrió al fin los ojos. Entonces beberán con ansia la verdad de la purísima fuente de las Escrituras, y disipándose la sombra densa de su error, sus ojos se abrirán á la luz. Entonces se acercarán á Jesucristo, se fortificarán en la fé, y entrarán como hijos humildes en el seno de la Iglesia cristiana, formando su mayor gloria y su mas brillante ornamento.

Ismael no fué, pues, abandonado por la Providencia, por cuanto continuó en habitar en el desierto, y se hizo muy diestro en tirar el arco, ó

desarrollo de la doctrina evangélica acerca de la castidad, inspirar á toda criatura humana el respeto de sí mismo, y transformar así de un modo tan lento como inevitable, primero la familia y en seguida la sociedad. Esto es lo que ha sucedido precisamente, y ninguna lengua mortal puede decir todo lo que ha producido para la gloria del cielo y de la tierra el culto de María, esposa de un carpintero de Nazaret, superior á las mas ilustres mugeres por el resplandor de sus virtudes, igual á la mas pobre por la humildad de su condicion, mas pura que todas las vírgenes de quien es el modelo y la patrona, mas compasiva que todas las madres, de las cuales es la protectora y el sostén.

Desde que la voz del Eterno resonó en las majestuosas soledades del Eden, diciendo al reptil maldito, que una muger le aplastaria la cabeza bajo sus plantas, empezó ya á correr la tradicion entre las razas antediluvianas, que una virgen hermosa y pura como la luz, repararia en su divino alumbramiento el mal que habia hecho la primera muger. "Esta tradicion consoladora, dice Orsini en su *Historia de María*, que sostuvo las esperanzas de una raza decaída, no se borió de la memoria de los hombres en la época de su grande dispersion en las llanuras de Senaar. . . . Y aun cuando mas tarde la religion primitiva empezó á debilitarse, y las antiguas tradiciones se rodearon de nubes, la de la Virgen y del Mesías resistió casi sola á la accion del tiempo, y se elevó sobre las ruinas de las antiguas creencias, perdidas entre las fábulas del politeísmo, como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que fué en otro tiempo la grande Babilonia.

"Recórrase en efecto, continúa el feliz historiador de María, desde el Norte al Mediodía y desde el Oriente á la Aurora, las diversas regiones del globo; regístrense los anales religiosos de los pueblos desde la tierra en que nace el naranjo hasta las montañas abrasadas en que crece el girasol, y se encontrará á la Virgen Madre en el fondo de casi todas las teogonías."

En efecto, en el Thibet, en el Japon y en una parte de la península oriental de la India, en la China, los Lamas, los Druidas, los Bramas, los Macéncicos en el Paraguay, en todas las tradiciones, en todas las creencias se halla una ninfa, una muger, una virgen con todas las gracias de la inocencia y del candor, fecundada con los rayos del sol ó con el contacto de una flor para concebir y dar á luz el gran Legislador del universo. Y continúa despues por corolario esta observacion importante: "Réunanse los trozos esparcidos de estas creencias adulteradas, y se compondrá casi en todos sus pormenores la historia de la Virgen y de Jesucristo."